

LIBRO IV

LAS ILUSIONES SOCIALISTAS Y SINDICALISTAS

CAPÍTULO PRIMERO

Las ilusiones socialistas.

El socialismo, cuyas doctrinas discutimos, no debe confundirse con el movimiento de solidaridad social, que va desarrollándose lentamente en todas partes y que no procede de las teorías socialistas. El triunfo de estas últimas sólo conseguiría dificultarlo, puesto que si se estableciese universalmente el mismo nivel igualitario bajo la mano rígida del Estado, no sólo no se conseguiría el mejoramiento de las clases obreras, sino que impediría todo progreso.

Así, pues, al luchar contra las doctrinas socialistas, estamos seguros de no combatir el movimiento de solidaridad social de que he hablado, y que nadie—excepto los socialistas—trata de impedir. El progreso material y moral de las clases pobres es objeto de las preocupaciones universales, y sabidos son los grandes esfuerzos realizados para conseguir este fin. Seguros contra los accidentes, creación de casas obreras, retiros, higiene, educa-

ción, crédito agrícola, desarrollo de la mutualidad, organización de la previsión, etc., son pruebas de la solicitud general. Eso no es socialismo, sino deber social, cosa muy diferente.

El socialismo comprendía antes sectas diversas que sólo tenían de común el odio intenso á la organización establecida. Desde hace algunos años, el colectivismo parece que intenta sustituir á todas estas sectas y preponderar sobre ellas. Reina todavía en el Parlamento, donde inspira muchos votos.

Tal triunfo no parece que durará mucho. Progresivamente se ha visto desarrollar en Alemania, en Francia y en otras naciones una nueva doctrina, la del *sindicalismo*, que está en vías de conquistar el mundo obrero y separarle enteramente del colectivismo.

Las dos doctrinas son diametralmente opuestas y los sindicalistas tienen manifiesto interés en hacerlo ver, mientras que, por el contrario, los colectivistas procuran ocultarlo, pues saben perfectamente lo perjudicial que es este nuevo movimiento á sus teorías, de las que se va apartando la opinión pública.

Á pesar de las sumisas concesiones de los colectivistas, los sindicalistas no cesan de insistir sobre la incompatibilidad que les separa de los socialistas, repitiéndolo sin cesar en periódicos y en Congresos.

En el de Amiens, en el que figuraba un millar de sindicatos representados por 400 delegados, se propuso «hacer entrar á los sindicalistas en relaciones con los socialistas. Esta proposición fué rechazada casi por unanimidad».

Los sindicalistas se esfuerzan en demostrar el aspecto quimérico de las doctrinas del colectivismo.

Un miembro influyente del sindicalismo, dirigiéndose á uno de los jefes del socialismo francés, se ha expresado, en el Congreso de 1907, en los términos siguientes:

Vuestras concepciones son utópicas, porque dan á la fuerza coercitiva del Estado un valor creador que no tiene... No haréis surgir de la noche á la mañana una sociedad ya hecha, ni daréis á los obreros la capacidad de dirigir el cambio y la producción; seréis los amos del momento, con todo el poder que hoy tiene la burguesía, y amontonaréis decretos sobre decretos, pero no haréis milagros, ni aptos de golpe á los obreros para reemplazar á los capitalistas. ¿Por qué la posesión del poder, por algunos hombres políticos, ha de transformar la psicología de las masas, modificar los sentimientos, crear aptitudes y establecer nuevas reglas de vida?

No sólo en Francia, sino también en Alemania, se ha operado la escisión entre sindicalistas y colectivistas.

En el Congreso de Mannheim, en 1906, el socialista Bebel y su partido se hallaron en presencia de los sindicalistas. «Bebel—dice M. Faguet—se vió obligado, para conservar un resto de autoridad, á hacerles, á pesar de todas sus declaraciones anteriores, concesiones casi absolutas.»

En sus periódicos, los sindicalistas rechazan con energía toda alianza con los socialistas:

El socialismo—escribe uno de ellos—pretende extender el dominio de las instituciones administrativas... Es un principio de apatía y debilidad que espera realizar por la intervención exterior del poder lo que la acción personal no puede conseguir. Es un producto de naciones en decadencia económica, de pueblos anémicos y envejecidos.

Estas verdades no eran conocidas hace algunos años sino para un pequeño número de psicólogos, y es interesante verlas hoy comprendidas por obreros.

Hacía tiempo que las declamaciones hueras de los retóricos sobre la dictadura del proletariado y su sustitución á la clase burguesa habían sido apreciadas en su justo valor por ilustres socialistas.

«La dictadura del proletariado—escribía Bernstein—quiere decir la dictadura de oradores de círculo y de literatos.»

Ante los repetidos ataques de los sindicalistas, los socialistas se aturden y aceptan con resignación las teorías más avanzadas, como el antipatriotismo. Un periódico, órgano oficial de sus doctrinas, ha publicado en primera página un grabado alegórico que representa á unos obreros destrozando banderas cubiertas con los nombres más gloriosos de nuestra historia.

Tan bajas concesiones no pueden menos de acelerar la disgregación del socialismo. Hoy día se halla dividido en pequeñas sectas que se llenan de improperios entre sí. Son querellas de frailes, que poseen la verdad pura y reservan tesoros de odio para los impíos.

Los periódicos doctrinarios se lamentan de estas disensiones, pero se ven obligados á confesarlas. *Le Mouvement Socialiste* del 15 de Enero de 1908 decía lo siguiente:

El socialismo se hunde cada día más en una enmarañada crisis. El glorioso movimiento que durante el siglo pasado despertó tantas esperanzas, parece caminar á la más triste de las quiebras. Al lado del socialismo obrero y revolucionario pululan, como setas venenosas que dificultan su desarrollo, gran número de socialismos raros é im-

previstos. Tenemos el socialismo del Estado, el socialismo municipal del agua y del gas, el socialismo francmasón, el socialismo integral é integralista, y otros muchos socialismos con adjetivos variados. Hemos defendido oficialmente, para el mayor desarrollo del partido socialista, el *socialismo patriótico*. ¿Cuándo le tocará el turno al *socialismo capitalista*?

Es evidente el aspecto quimérico del colectivismo. Sin embargo, eso no le impide ser muy poderoso en el Parlamento, donde se elaboran bajo su influencia leyes perniciosas, y por eso creemos útil indicar aquí sus peligros. En otro capítulo hablaremos más detalladamente del sindicalismo, movimiento más serio que el colectivismo, porque lo han creado no quimeras, sino necesidades económicas modernas.

Uno de los fines principales de los socialistas es borrar las desigualdades naturales, estableciendo la igualdad de condiciones. Esperan conseguirlo con la supresión de la fortuna individual y la propiedad, y la administración de todas las industrias por el Estado.

Esta doctrina representa, en realidad, una de las formas de la lucha eterna, que se remonta á los orígenes de la historia, del pobre contra el rico, del incapaz contra el capaz. Todos los pueblos han conocido estas luchas, á las que los griegos deben la pérdida de su independencia, y los romanos el fin de la república y el establecimiento del imperio.

La revolución francesa fué poco favorable á los socialistas. Proclamó la igualdad, pero después de haber expropiado á la nobleza y al clero, se apre-

suró á declarar que la propiedad era cosa sagrada y fundamento del orden social. Entonces hubo algunas tentativas de socialismo comunista, pero se terminó pronto con ellas cortando la cabeza á los adeptos de la doctrina.

¿Cómo ha nacido el socialismo moderno, y cómo se ha desarrollado hasta el extremo de haberse convertido en una verdadera religión? Ya lo he explicado en mi *Psicología del Socialismo* (1) y no es necesario repetirlo.

En política y en religión las fórmulas vagas son muy útiles, porque cada uno puede interpretarlas á su voluntad. Nada más borroso que el sentido actual de la palabra socialismo. Para las personas satisfechas de su suerte significa el deseo de mejorar las condiciones de existencia de temidas clases populares. Para los descontentos sirve para traducir su descontento. El empleado de 1.500 francos que no asciende con la rapidéz que desea, el aprendiz cuyos servicios se desconocen, ó el tabernero que ve establecerse cerca de él á un competidor, se hacen en seguida socialistas. Para los teóricos, esta palabra representa una organización social variable según cada uno de ellos, y que debe ser la que sustituya por la fuerza á la organización actual.

El carácter primordial del socialismo es un odio intenso de todos los espíritus superiores: talento, fortuna é inteligencia.

Para sus adeptos, ha reemplazado á los antiguos dioses y constituye una potencia mística capaz de reparar las iniquidades de la suerte.

El colectivismo había acabado por concretar la fe nueva. Sobre los escombros de la sociedad anti-

(1) Sexta edición, 1910.

gua se elevaría un mundo regenerado donde, como en los antiguos paraísos, todos los hombres gozarían una felicidad eterna.

Durante mucho tiempo, lo absurdo de la doctrina no dificultó en lo más mínimo su propagación, pues halagaba instintos vulgares y por lo tanto muy extendidos. Quitar á los que poseen es siempre tentador para los que no tienen nada. Los dogmas, por otra parte, se imponen por las esperanzas que hacen nacer y nunca por los razonamientos que sugieren y triunfan, á pesar de su ilogismo, en cuanto se han determinado en los espíritus ciertas transformaciones mentales. La misión de los apóstoles, y el socialismo nunca ha carecido de ellos, es influir en esta forma.

Su éxito universal recuerda los comienzos del cristianismo. También este último se propagaba, á pesar de la debilidad lógica de sus dogmas y de las refutaciones de los filósofos. Por la poderosa acción de la sugestión y del contagio, acabó por conquistar hasta las clases ilustradas, á las que debía destruir muy pronto su influencia.

El gran elemento de éxito del socialismo fué el aparecer en el momento en que el hombre que no creía ya en los antiguos dioses, buscaba otros á quienes invocar. Las divinidades mueren á veces, pero la mentalidad religiosa sobrevive siempre. El espíritu humano no sabe vivir sin religión, es decir, sin esperanza.

Esta mentalidad es la misma en todas las clases sociales. Cuando se reniega de los dioses se cree en los fetiches, y por eso la religión socialista ha triunfado en la burguesía y en el pueblo. El poder mágico de la nueva fe es tal, que las clases ilustradas pierden toda esperanza en la justicia de su causa y

no saben defenderse contra los más audaces retóricos. Son invadidas por el miedo y también por un humanitarismo vago, forma muy despreciable del egoísmo y grave síntoma de decadencia, como Renan lo había observado ya.

El socialismo no progresa, en realidad, por la importancia del ideal muy mezquino en que se inspira, sino á pesar de este ideal. Nace su fuerza de su aspecto místico, de la esperanza en un paraíso terrestre, donde todos los hombres gozaran de una eterna felicidad. Ya he tenido ocasión de demostrar que en el curso de la historia los hombres han luchado hasta morir más por defender ideas que por satisfacer necesidades materiales. Lo que les entusiasma es el ideal que se persigue; seguramente que nunca apasionará á nadie la esperanza de trabajar á las órdenes del Estado colectivista para obtener bonos de pan y de carne. En un interesante libro, *Decouvertes de l'Economie sociale*, M. d'Avenel ha llegado por otro camino á la misma conclusión. He aquí cómo se expresa:

El bienestar ocupa tan sólo un lugar muy pequeño en la historia de las naciones, y hasta muy recientemente no se han preocupado de pensar en él.

Durante mucho tiempo han buscado satisfacciones de otro orden; se han apasionado por otras cosas, y en su marcha lenta, la civilización, tanto la de la antigüedad como la de la Edad Media, ha buscado lo *bello* antes que lo *útil*. Ha hecho magníficas estatuas y templos antes de hacer lámparas ó paraguas; ha sabido escribir antes de saber calentarse y ha descubierto el pincel antes que el tenedor.

Esos hombres han vivido por el ideal más que por la materia; han glorificado los nombres de guerreros que han realizado hechos heroicos, á causa de los cuales han su-

frido cruelmente los pueblos y los de los que han formulado pensamientos ó creado obras de arte desprovistas de utilidad práctica. En cambio aquellos á quienes se debe invenciones necesarias para la vida les han dejado caer en el olvido. Al examinar los hechos ocurridos en el transcurso de los siglos, se advierte que sólo á las ideas se concede importancia. Por ellas viven y se matan los hombres.

Aun en nuestros días los que parecen más apegados al dinero ó á los placeres que procura, persiguen en el fondo una satisfacción puramente ideal más que una necesidad corporal.

• •

No he comenzado á comprender las divagaciones de los teólogos de la Edad Media hasta después de haber leído las de los socialistas sobre la sociedad futura. En unós y otros encontré la misma ignorancia de la naturaleza humana y de las necesidades económicas, las mismas visiones quiméricas, la misma necesidad de destrucción del presente para realizar el mundo ideal por ellos soñado.

Los antiguos teólogos han dejado herederos de su espíritu. Las quimeras no han hecho más que cambiar de nombre, ya que los fanatismos que engendran y las destrucciones con que nos amenazan son las mismas que en el pasado. El socialismo constituye una religión y sus apóstoles tienen la misma intolerancia de sus antecesores: doctrinas, lenguaje, creencias y métodos de propaganda son casi idénticos.

Hemos apagado astros fantasmas—escribe Sageret—tan sólo para encender estrellas quiméricas. Nuestra ciudad futura equivale á la Jerusalem celeste: ambas son igualmente ciudades metafísicas. Sin embargo, menos molesta será la ciudad futura, porque durará menos tiempo.

El cristianismo de las primeras edades, con el cual el socialismo presenta tantas analogías, poseía un elemento de éxito que no tienen las doctrinas actuales. Las recompensas esperadas debían ser concedidas en un paraíso del que nadie ha vuelto. Las promesas de felicidad terrestre hechas por el socialismo desde hace sesenta años, y que debían realizarse en un porvenir próximo, no han podido cumplirse, lo que ha disminuído la confianza en la doctrina, tanto que hoy día una fe nueva, el sindicalismo, tiende á reemplazarla, y como es menos quimérica en muchos puntos, está destinada á tener un mayor porvenir.

El socialismo colectivista se basa en una serie de ilusiones cuya falta de consistencia comienza á apreciarse, pero que se impondrán durante mucho tiempo todavía. Esas ilusiones pueden reducirse á las siguientes hipótesis: 1.^a Una sociedad puede reconstruirse por medio de decretos después de una revolución. 2.^a Siendo el régimen capitalista la fuente de todos los males, bastaría suprimirle para establecer la felicidad universal. 3.^a El Estado debe apoderarse de todas las propiedades, de todas las industrias y administrarlas por un ejército de empleados encargados de repartir equitativamente los productos entre los miembros de la comunidad.

Como tales hipótesis no tienen en cuenta los sentimientos, las pasiones ni las necesidades económicas, y realidades de ninguna clase, es fácil, tomándolas por base, construir sobre el papel sociedades artificiales muy variadas que son los paraísos de las almas sencillas.

Estas ilusiones quiméricas son—en Francia al menos—muy poderosas todavía, é inspiran una absoluta confianza á los cafeteros y á los comisionis-

tas de que se componen tantas juntas electorales, y son en el Parlamento origen de leyes muy peligrosas. Es innegable que la incautación de una importante línea férrea por el Estado, como el impuesto sobre la riqueza, han sido inspirados por las doctrinas colectivistas. La primera de estas medidas legislativas está destinada á preparar el acaparamiento de todas las industrias por el Estado. El impuesto sobre la riqueza no tiene otro objeto que hacer el inventario de la fortuna de los ciudadanos para poder más tarde despojarlos á voluntad. Los socialistas saben muy bien que este impuesto sólo se establecería mediante inquisiciones odiosas destinadas á suscitar temibles enemigos al régimen republicano, sin el menor beneficio financiero para nadie. Á pesar de que estas intenciones son bien claras, nadie ha negado por ellas su voto, y así ha ocurrido el que las juntas electorales hayan hablado y el Parlamento haya obedecido servilmente.

De todas las ilusiones socialistas, la más vana es acaso la de suprimir la clase burguesa, á cuyo talento, inteligencia y capitales se deben la creación y prosperidad de las industrias gracias á las cuales viven los obreros.

Supongamos que un jefe de industria, que tiene mil obreros y realiza anualmente 40.000 francos de beneficios, cede gratuitamente su fábrica á los obreros. Gracias á los 40.000 francos abandonados, el salario de cada obrero aumentará en apariencia 10 céntimos próximamente por día (1). En realidad, pronto se reduciría mucho, porque los hombres

(1) Esta cifra de 10 céntimos como beneficio medio realizado por el obrero ha sido dada también en el Congreso en una discusión reciente.

aptos para dirigir grandes industrias no abundan, y en cuanto la capacidad de un jefe sea menor, los beneficios serán menores también. Verdad evidente que los socialistas se obstinan en no admitir. En el estado actual de la industria, el hombre capaz es un instrumento tan precioso, que siempre será económico pagarle muy caro.

Supongamos, sin embargo, que el socialismo triunfa con su administración colectivista de la industria y su igualamiento en los salarios. Inmediatamente, todos los hombres inteligentes, sabios, artistas, inventores, obreros hábiles, etc., poco seducidos por la perspectiva de ver pagados sus trabajos con buenos alimentos, emigrarían á los países vecinos, que los acogerían con entusiasmo, porque el talento es bien recibido en todas partes. El socialismo sólo reinaría entonces sobre una sociedad compuesta de individuos de la más baja mediana.

Naturalmente, el conquistador que quisiera apoderarse de un país socializado, no tendría que hacer más que levantar el dedo. Los socialistas responderán que eso lo mismo les da, puesto que se declaran cada vez más antipatriotas y antimilitaristas, y que para ellos lo mismo significa un patrono francés que uno alemán.

Para quitarles esta nueva ilusión bastaría enseñarles los libros de historia que muestran cuál ha sido el destino de los pueblos que por sus disensiones intestinas han terminado por estar sometidos á otro extranjero. Polonia es un magnífico ejemplo. Maltratados y expropiados por los alemanes, vigorosamente ametrallados por los rusos en cuanto levantan la voz, y sin poder siquiera enseñar en las escuelas su lengua nacional á sus pro-

pios hijos, los infortunados poloneses expían duramente las luchas civiles anteriores. Su destino debía grabarse con letras de oro en todas las salas de los Congresos socialistas donde se enseña el antipatriotismo.

El socialismo colectivista que consiguiera triunfar en alguna parte, no podría durar mucho tiempo. Pronto volverían los déspotas liberadores que el pueblo aclamaría, como lo ha hecho con todos los soportados por Francia desde la Revolución. Mientras tanto, los destrozos causados serían terribles. Soy de la opinión de Laveleye cuando pinta cuáles serían las consecuencias de la victoria del socialismo: «nuestras capitales arrasadas por la dinamita y el petróleo, de una manera más salvaje y, sobre todo, más sistemática que en 1871 por la Commune».

Faguet, al inquirir cómo podría triunfar el socialismo, admite, y es de mi misma opinión, que sería acaso debilitando el espíritu moral del ejército. Ya hemos visto en los tumultos del Mediodía á un regimiento arrojar las armas, y la historia de la Commune enseña que en casos semejantes un gobierno puede hundirse inmediatamente.

Este hundimiento se conseguiría con más facilidad por medio de disposiciones legislativas. El mismo autor hace notar que «bastaría una decisión legislativa, como en 1790, ó un golpe de Estado popular para expropiar la burguesía y proceder con ella como se procedió con el clero y la nobleza durante la Revolución... y más recientemente, con las congregaciones y el clero secular».

Parece que un soplo de locura ciega hoy á la burguesía, porque pone en peligro constante las columnas más sólidas de la sociedad que la abriga, espe-

cialmente la hacienda y el ejército; destruye progresivamente toda disciplina y vota las peores medidas financieras y militares propuestas por los socialistas, sin pensar que el triunfo del socialismo sería, como ha escrito el revolucionario Malato, «un despotismo más peligroso que el sistema monárquico, porque sería anónimo ó impersonal».

La burguesía está completamente equivocada al seguir la corriente que la arrastra, la cual sería fácil, si no de remontar, de orientar. Pierde conciencia de su superioridad, de su poder y de su valor, y no comprende que una sociedad no puede vivir sin disciplina, sin tradición y sin jerarquías.

Ignora sobre todo el arte de hablar á las multitudes y no concibe la sencillez de su espíritu. La única visión política del obrero es que está explotado por el patrono y que el gobierno debe obligar á que se le aumente su salario.

«La masa—escribe con razón M. Bourdeau—no tiene ninguna idea clara y es siempre de la opinión del orador que perora ante ella, ya sea favorable á la defensa republicana ó anticlerical, patriota ó antipatriota, político ó sindicalista revolucionario.»

La multitud, en efecto, juzga únicamente en conjunto, según la impresión producida por las vociferaciones de los oradores. No entiende sus razones y se apasiona por los individuos sin escuchar sus discursos. Aceptará todas las verdades si le agrada el hombre que las dice, y le agrada si es enérgico. Se ha visto en una circunscripción del Norte, ciudadela del socialismo, triunfar en las elecciones de diputado, en lugar de uno de los grandes jefes del socialismo, un candidato bastante conservador, no porque sus razones convenciesen á los electores,

sino porque había conseguido hacerse simpático y en él veía la multitud el amo que deseaba.

A pesar de sus instintos revolucionarios aparentes, las multitudes sólo desean obedecer y la historia así lo demuestra. Los obreros más violentos obedecen sin discutir las órdenes del delegado de la Junta revolucionaria y se declaran instantáneamente en huelga sin permitirse la menor observación. Luis XIV ó Bonaparte no se hubieran atrevido á dictar las prescripciones draconianas decretadas por Juntas oscuras, á las que su anónimo confiére prestigio.

* *

Muchos socialistas son demasiado inteligentes para tener confianza en sus doctrinas y las abandonan en cuanto llegan al poder. Convertidos en parte integrante de la burguesía, descubren bruscamente sus cualidades. Se han leído, no sin alguna extrañeza, los elogios de los burgueses por un socialista llegado á ministro, M. Viviani, en un discurso pronunciado en Calais:

... Alrededor del proletariado—decía—vive una burguesía que trabaja, que tiene intereses, voluntad y deseos, y es una gran injusticia someterla en conjunto á la cólera y desprecio de los obreros. Ella es la que por sus pensadores y sus filósofos ha demostrado que el cielo está vacío.

Si la burguesía no hubiera hecho sino destruir ilusiones, no habría por qué estarla tan agradecidos. No sé—ni M. Viviani tampoco—si el cielo está vacío. Es una hipótesis probable, pero no demostrada. En todo caso es una hipótesis que la gran mayoría de los franceses no admite todavía. Así pues, un verdadero hombre de Estado debe saber

respetar todas las convicciones y gobernar los pueblos con sus ideas y no con sus propias creencias.

Pero si las hipótesis relativas al cielo son inciertas, en cambio no cabe duda que los progresos de la civilización se deben únicamente á la burguesía de todas las edades, puesto que en su seno se han hallado siempre artistas, industriales, filósofos y sabios.

La democracia—decía M. Clémenceau en un discurso—no es gobierno del número... En el origen de toda evolución hallamos el esfuerzo individual de los pensadores, mientras que el progreso general debe resultar necesariamente de la acomodación progresiva de las masas á las ideas sometidas á la sanción de la experiencia por el genio de algunos.

No calificuemos de baratas estas verdades, puesto que los políticos no las descubren hasta que llegan al poder.

Naturalmente, no pueden afectar á los socialistas revolucionarios, que sueñan con la destrucción de la sociedad actual.

Con un poco de inteligencia estos apóstoles comprenderían que nada habían de ganar poniéndose en el lugar del gobierno que maldicen. Los supervivientes de sus hecatombes acabarían por convenirse de que los métodos de gobierno habían variado poco, y se volverían más reaccionarios todavía que sus predecesores. Eso es lo que se ha observado siempre cuando los césares han acabado con la anarquía.

Los revolucionarios vencedores sólo pueden optar por dos partidos: permanecer revolucionarios, y en este caso perpetuar el desorden, contra el cual se ligan pronto todas las opiniones y que por con-

siguiente no podría durar, ó gobernar como sus antepasados. Este último partido fué siempre adoptado por las demagogias triunfantes. Los que antes de llegar al poder predicaban la revolución, la huelga general y la violencia, las combaten enérgicamente una vez convertidos en amos. No es que renieguen de sus principios, sino que descubren entonces que el mantenimiento de la vida de un pueblo está sometido á la observancia de ciertas reglas tradicionales.

Lo que constituye el verdadero peligro no es precisamente las violencias de los revolucionarios, sino la debilidad de los gobernantes. Cuando un país está saturado de anarquía, cuando muchos intereses están amenazados y no se ven por todas partes sino palabras inútiles, promesas irrealizables y leyes estériles, los pueblos se dirigen instintivamente hacia un dictador capaz de restablecer el orden y proteger el trabajo. Así han perecido tantas democracias.

La dictadura significa el orden durante algún tiempo, pero significa también Waterloo, Sedan y la invasión. Sin duda los romanos no tuvieron que lamentarse del advenimiento de Augusto, pero su reinado no hizo posible los de Tiberio y Calígula, la lenta decadencia y la ruina final bajo el pie de los bárbaros.

La reconstrucción del mundo destruido por estos nuevos amos exigió mil años de guerras y cataclismos. El presente se forma sobre todo el pasado, y el pasado no se crea. Hoy día los bárbaros están dentro de nuestros muros y les dejamos minar día tras día un edificio social penosamente construido. Podrán destruirle, pero no rehacerle. Una sociedad muere á veces muy de prisa, pero sólo los siglos permiten reconstruirla.

CAPÍTULO II

Las Ilusiones sindicalistas.

La asociación de intereses similares ha llegado á ser ley de la Edad Moderna. La industria moderna no la ha creado, pero la ha desarrollado enormemente.

Todos los países han conocido formas diversas de asociación. Florencia y Siena, en la Edad Media, eran repúblicas profesionales, formadas por un conglomerado de sindicatos que realizaban con perfección el sueño de muchos teóricos del presente. Las corporaciones que derribó la Revolución constituían también verdaderos sindicatos.

El beneficio evidente de tales instituciones es que confieren á pequeñas colectividades un poder que jamás alcanzaría el individuo aislado, y no exige al individuo iniciativa y voluntad, cualidades que obligan á un trabajo fatigoso y que además no abundan.

Los vínculos del sindicato tienden á ser hoy la única relación entre los hombres. Ahora que las instituciones políticas no son respetadas, que se debilita la idea de la patria y que todas las creencias de los antepasados se desvanecen, la influencia de la idea sindicalista adquiere cada día mayor preponderancia. Está en camino de dar nacimiento á formas de derecho nuevas. Así, por ejemplo, el contrato colectivo, en el cual el patrono trata no con el